

perfume, las ramas palpitan y se estremecen, porque viven y sienten, aman y gozan, y hasta el color de los cielos se hace transparente para dejar que la mirada estática y embebecida penetre en el seno misterioso de las quimeras de los sueños y de las ilusiones." Aquella savia primaveral hervía y se agitaba pletórica en nuestros corazones. Yo me sentía sacudido por una fuerza oculta y hasta allí desconocida, y admiraba con asombro que mi deliciosa prima era presa también de una agitación misteriosa llena de deseos vivaces, de embriagadoras languideces y de vagos y melancólicos ensueños. Su inteligencia buscaba horizontes más amplios y su corazón se dilataba con emociones cautivadoras. ¡Qué explosión de vida tan vehemente y tan encantadora! ¡Qué agitación la de su alma, torturada á veces por secreta inquietud, cuya causa me ocultaba á menudo!

Un día viéndola estremecer súbitamente, le dije.

—¿Qué tienes?

—Nada, me contestó, pasándose la mano por la frente.

Otra vez, creyéndose sola le oí exclamar suspirando:

—¡Ah!..... no me quiere!.....

El ambiente tenía para nosotros perfumes deliciosos, y la ténue brisa murmullos de cadencia ultraterrestre. Era que sin presentirlo arribábamos al país de los encantos; que nuestros corazones, como un eco, repetían la gran música del universo; que íbamos á ver lucir la aurora espléndida del amor humano, y que la vida empezaba á ser bella porque en nuestras naturalezas vírgenes se desbordaba el germen fecundo de una fibra inagotable, el principio de los deseos. Era el comienzo de la primavera del alma que se llama la pubertad de las ilusiones, y como dice el poeta Cristóbal de Castro:

“¡Ay cuando se abren las primeras rosas  
y van las golondrinas  
á beber en las aguas rumorosas,  
llaman los ideales á mi puerta  
y oye mi corazón voces divinas  
que le dicen: ¡despierta!”

Así despertamos: yo con el cerebro invadido por la más irritable excitabilidad y con el corazón turbado por las emociones iniciales de la primera pasión sincera; y Adelaida, elaborando esa revolución decisiva que el alma ansía con la mayor impaciencia realizar, y experimentando alarmas dulcísimas que hasta entonces no había tenido ocasión de comprender.

Empecé á amarla en silencio, sin insinuárselo siquiera; pero con una violencia sin igual y con una vehemencia de la cual no había sospechado aún toda la extensión y profundidad. Su amor tuvo así todas las puerilidades divinas, todas las adorables niñerías de la pasión pura y virgen, antes de ser elevada á la categoría de consentimiento mútuo, decuplicador de todas las

fuerzas activas de la inteligencia y de todas las sanas energías del corazón.

## V.

Peratoner ha dicho que “el amor nace en el corazón antes de insinuarse y esparcirse por las venas;” que “el amor es una *afección* antes de llegar á ser una *impaciencia física*. Esto manifiesta por qué la infancia del nuestro, con su séquito inefable de súbitas agitaciones, de suspiros sin causa y de esa ternura vaga, mezcla de desaliento y de ardor, que arrastra al adolescente á buscar el gozo, la dicha y la alegría del alma como alimento del corazón que á empieza á despertar, tuvo la serena ecuanimidad de un sentimiento purísimo enseñoreado de nuestros afectos antes, mucho antes, de difundirse como fluido magnético en nuestras organizaciones. Nos amamos desde la cuna como verdaderos hermanos; fundimos en la infancia nuestras almas en un solo anhelo: la alegría de nuestros padres; atamos en la pubertad nuestras voluntades con un mismo lazo de flores: el bienestar de la familia, y llegamos á los umbrales de la juventud, unidos y dichosos. Un minuto más tarde, sin saber cómo ni cuando; en el instante oportuno, la chispa celestial fustigó con su rápido *zís zís*, nuestros corazones inexpertos; y arrastró nuestras almas al éxodo divino de las aspiraciones insaciables, y abrazó en un incendio inextinguible nuestras dos existencias, para dar paso á la pasión creadora, como pasión emperatriz, como pasión madre, como efluvio de la divinidad, como dueña, en fin, de todo lo creado y génesis supremo de la vida.

Entonces aprendí la sola frase cognoscible de la ciencia divina que se llama amor; y Adelaida comulgó conmigo aquella forma inmortal; se me dió en espíritu y en verdad, dulce y santamente, según aquella frase bellísima del afiligramado Gautier: “El amor es el genio de las mujeres; su alma no se absorbe en contemplaciones egoístas.”

## VI.

Para comprender en qué confusos devaneos comenzó á perderse mi imaginación desde el momento en que oí el imperioso grito de mi corazón: “¡le amo!,” es conveniente saber que no había en mi pueblo varón de algún valimiento, porvenir ó méritos, que no se juzgase á sí mismo candidato al amor de Adelaida. Todos á porfía se ocupaban de ella con encomio, y estaban conformes en que verla, era lo mismo que admirarla, porque forzaba involuntariamente al elegio caluroso y sincero; que oirla hablar, era quedar ya cautivado por el efecto electrificante de un sagrado entusiasmo; y que disfrutar las seducciones de su trato



afable y sencillo, era pertenecerle por el vasallaje más completo é inestructible, por el de la doración de un ser angelical y divino. Todos, pues, deseaban amarla con violencia y con ternura; y todos anhelaban vivir por ella y por ella morir también.

De la necesidad de luchar entre sí varios rivales, nacían naturalmente la emulación y la impaciencia, la ambición y la galantería, el arrojo y la íntegra, todos los estimulantes forzosos de la lícita contienda; cada cual quería á toda costa vencer á sus rivales, sobresalir por sus cualidades, por sus perfecciones físicas, ó por sus dotes intelectuales; todos deseaban sostener brillantemente su puesto y ganar la batalla, obteniendo legítimamente el triunfo y la victoria.

Mi pensamiento se ocupaba pertinazmente en estudiar y en analizar las ventajas que ofrecían todos y cada uno de los aspirantes al amor de Adelaida, y como "nada de lo que nos hace felices es ilusión," para disputar á todos ellos á la que ya constituía secretamente mi dicha, estaba dispuesto á hacer los mayores sacrificios; aún de la vida, porque todo mi ser con la fiebre del delirio le estaba diciendo con ternura:

—Tengo un corazón y una inteligencia. ¡Tuyos son! Pero necesito tu amor y, éste lo reclamaré con toda mi vida!

## VII.

Entre aquellos pretendientes había uno, Nicolás Martínez, joven gallardo y apuesto, de muy buena familia, de posición social asegurada, Ingeniero que acababa de hacer una brillante carrera en Guadalajara y que había ido á establecerse á Autlán al lado de sus ricos y ancianos padres. Frecuentaba la casa de mis primas como nuestro amigo de la infancia, y era sin duda el mejor partido que se ofrecía á Adelaida, quien no obstante recibía con serena tranquilidad, en la limpia atmósfera de su dicha y hásta friamente, podría decirse, los galanteos de aquel enamorado doncel.

Yo me perdía en un mar de dudas: ¿cómo explicar esa frialdad inconcebible en una joven cuyos ojos divinos centellaban con efluvios magnéticos, revelando el fuego candente de las más fogosas pasiones? Era preciso que aquella alma tan grande y tan bella abrigase en algún repliegue misterioso de su corazón purísimo, en una de esos recónditos secretos del alma donde la virgen más ingénua tiene siempre algo oculto, un sentimiento ideal, poético é inspirador de su ventura; un amor excepcional que embargando las facultades de su espíritu, por encima de las vulgaridades de la tierra, arrebata su ser y el tesoro de su ternura y sentimiento á una esfera de dicha sobrehumana, é hiciera así imposible en sus sentidos, jóvenes y despiertos á la seducción, toda impresión halagora, é hija de las trivialidades de uso corriente en la vida social. Medité en ello muchas horas. ¿A quién

amaría Adelaida? Y como la duda es hija de la cavilación, dime á hacer juicios más ó menos temerarios y para mí desgarradores, pero sin pensar nada que ofendiese en lo más mínimo al alma pura de Adelaida, quien ya me enloquecía, porque es una ley fisiológica que una mujer no llega á seducirnos por completo sino cuando da ocasión á los celos, ese tósigo infernal de la vida.

Dudas insensatas, punzantes como espinas de fuego, me quemaban el cerebro, como aquellas que dolorosamente atormentaban el alma de Hamlet. ¿A quién pertenecería el corazón de Adelaida? Un exigente deseo de saber la verdad me tiranizaba y se imponía de manera absoluta é irresistible. Saber la verdad, tener la resolución por terrible que fuese, era mi anhelo; porque la resolución trae en pos la calma y el reposo: el espíritu que ha luchado, descansa; el corazón que ha combatido, se adormece.

Si los celos, pues, no hubieran avivado con su soplo quimérico mi naciente amor, como una ráfaga que sopla sobre un brasero medio encendido, quizás su desarrollo habría sido más lento, más regular y más tardío. Pero aquella inquietud devoradora, aquella secreta necesidad de ocuparme de ella, no ya vaga é inconscientemente sino fija, precisa y á todas horas sentida; aquel aguijón constante y terrible, engendró en mi alma esta sola y única idea: amar á Adelaida y ser correspondido por ella; luego, al instante, sin pérdida de minuto ni dilación posible!

## VIII.

Todos los días, á la hora de la siesta, cuando la población dormía, silenciosa y desierta, ventilada por el ímpetu del austro que como fuelle gigantesco moderaba los rigores de aquel clima meridional, aunque haciendo difícil el transitar á lo largo de sus desempedradas y estrechas callejuelas, yo me dirigía jubiloso y ahincadamente á la casa de mis primas; unas veces, andando con la cabeza baja, y otras, cubriéndome con las dos manos la cara, casi desvanecido y sofocado, las más, y sin embargo feliz al sentirme juguete de aquellas ráfagas que de ordinario parecían olas de lumbre por su fuego, y torbellinos por el furor salvaje de su arremolinada y turbia polvareda. Comúnmente el viento aceleraba mis pasos y exaltaba mis ideas; pero de pronto, al doblar la esquina que se interponía entre la casa de ellas y mi casa, me paraba exangüe: ¿cómo latía el corazón! ¿cómo se me acaba el aliento!

— ¡Ahí está su casa! — me decía — ¡Ahí me espera Adelaida! Voy á verla, á hablarle, á saciar mis ojos en su belleza; á suspender su imaginación con el fuego de mis palabras, y á beber con delicia cada una de las suyas. . . . Ah, respirar un soplo del aire en que se ha exhalado su aliento; recibir la caricia de fuego por el mismo rayo de sol que ha caído sobre el oro macizo de sus



luengos cabellos; disfrutar del mismo panorama en que sus ojos hechiceros se han deleitado; tener un instante la comunidad de existencia con ella..... ¡Qué ventura tan grande! ¡Qué gozo tan celestial y tan inefable! ¡Qué éxtasis más seductor y más divino!.....

Llegado á su presencia, me olvidaba de todo..... hasta el viento soplaba inmensamente distante de mis oídos. Sacudía las puertas, las ventanas, los frágiles techos, ciertamente; pero qué me importaba? La débil barquilla de mi existencia se hallaba al abrigo seguro del tranquilo puerto de su bondad ingénita; la vida no era allí más que la contemplación absorta y exclusiva de su soberana hermosura, y el ruido mismo de la mar bravía, estrellando sus irritadas olas en los acantilados de la costa, no me habría distraído un minuto de tan supremo embelesamiento!

Frecuentemente era Adelaida sola la que me esperaba, y en ese caso, después de las frases de cariño propias de la confianza, del respeto y de la intimidad fraternal, nuestra entrevista se prolongaba silenciosamente. Enmudecían nuestros labios, pero hablaban elocuentemente nuestros ojos, y esas conversaciones inarticuladas son á menudo las más profundas, las más precisas y siempre las más sinceras. Todo en ellas era virginal y santo, pues la pureza de Adelaida les daba un perfume primaveral y un encanto de idilio, casto y puro como un sueño de niño. Por lo demás, cuando teníamos esa dicha de vivir solos y silenciosos, el uno al lado del otro, aunque fuese por rápidos minutos, ambos nos sentíamos más felices en nuestra agradable soledad que todos los seres del universo en medio de los placeres estruendosos de la alegría.

Y cuando todas ó algunas de sus hermanas nos acompañaban, aun cuando Adelaida no hablase, me miraba fijamente, y yo leía en el calor y en la sinceridad de su mirada la declaración muda de sus afecciones que era la que convenía que me hiciese en presencia de nuestros deudos.

## IX.

Una mañana, de manera inopinada supe con zozobra y profundo disgusto que Nicolás había escrito á Adelaida una larga misiva. Temblé dominado por una mezcla incomprensible de odio y de dolor, y mi primera determinación consciente fué mandar llamar á Arabela, la confidente de todas mis cuitas.

Arabela, como Adelaida misma, ignoraba todavía mi pasión, si ignorar ésto se llama el no haber recibido de mis labios una franca y categórica confesión; pero no si se tiene, como ella la tenía, la convicción de que entre Adelaida y yo existía un afecto puro, entrañable y singular que unía nuestros corazones por los lazos de una atracción mútua é invencible, como lo pregonaban todas nuestras recíprocas predilecciones. Me fué,

pués, un poco embarazoso enterar á Arabela del asunto para que la había llamado; pero como las mujeres nos juzgan con una mirada y con maravillosa rapidez:

—Todo lo comprendo—me dijo—al fin. No tengas cuidado. Adelaida te dará esta tarde una cumplida explicación.

—¿Tú crees que no le ama?—repliqué angustiosamente.

—No, á <sup>Nicolás</sup> no; imposible. Y me miró con toda la ternura de su alma.

—Creeme, añadí, me perturba demasiado esa idea; no se lo digas á Adelaida, y si puedes, haz la prueba de averiguar el estado de su corazón, sin que sepa que yo lo pretendo.

—Tonto; como si tú no lo supieras. ¡A qué hombres, por Dio-!

Hizo un mohín delicioso y nos separamos; ella para volver á su dichoso hogar, y yo para quedar sumido en un mar de profunda desesperación.

## X.

A la siesta me dirigí á la casa de mis primas y me recibieron Laura y Arabela, ésta, circunspecta y reservada, y aquella, alegre y bulliciosa. Después de unos instantes de conversación, sostenida principalmente por Laura, Arabela que se había sentado como siempre á mi lado, se puso en pié y me dijo:

—Adelaida debe estar dormida. Voy á hablarle.

¡Dormida á Adelaida, cuando siempre me espera!..... Qué malo está esto, pensé yo con mortal zozobra. Y uní, con la velocidad del pensamiento, esta sospecha al dato significativo de la circunspección de Arabela. No cabe duda, insistió mi imaginación calenturienta, Adelaida ama á Nicolás y tal vez en este instante le estará contestando su carta. Por eso no salió á recibirme como de costumbre.

En la calle soplaba el viento convertido casi en huracán, y con indescriptible rabia poblaba el espacio de silbidos crispantes y aterradores. Las paredes eran azotadas con furia terrible; se sentían estremecer hasta sus cimientos, y gemían en los atléticos brazos del desencadenado monstruo; las vigas de los techos temblaban, las ensambladuras, crugían dolorosamente, las tejas se removían y rozaban unas con otras con sordo ruido, y no había una rendija, ni hendidura por donde los extraños murmullos no penetraran con sus indescifrables lamentos, semejantes en sus degarradoras vibraciones á los gemebundos alaridos del dolor humano. De cuando en cuando, una ráfaga aún más violenta se precipitaba contra las puertas y ventanas de la pieza donde nos encontrábamos y las sacudía con salvaje tesón y bravura, y difundía el polvo en todas direcciones. La naturaleza sufría un violento trastorno, menos terrible sin duda que el de mi co-



razón atenaceado por el presentimiento ó los recelos de un fatal desengaño.

Pasaron algunos instantes, eternos como las ansias de mi desesperación. Por fin se oyeron las voces de Adelaida y Arabela, diciendo ésta á aquella:

—Mientras..... que venga Laura.

Y apareció Adelaida. Su sola presencia hizo el día en mi alma, porque así es la naturaleza humana. ¡Basta respirar, para esperar!

Me tendió la mano; como siempre alegre y conmovida, segura de sí misma y con perfecta tranquilidad, y se sentó en el lugar que había ocupado Arabela.

Salió Laura al llamado de ésta y quedamos solos en la pieza.

Estaba de Dios que aquel día había de equivocarme en todas mis conjeturas. Desde las primeras palabras, visiblemente sinceras de Adelaida, mi pecho se aligeró de la penosa carga de todas aquellas preocupaciones y temores que le habían inquietado tan injustificada como terriblemente. Mis oídos iban preparados para escuchar otros razonamientos, y mi corazón saltaba de gozo al haberse engañado. La escuché hasta el fin, sin separar un momento mis ojos de sus serenas y brillantes pupilas y cuando me habló con el lenguaje de la convicción, presentándose hechos que probaban la libertad de su corazón y la ausencia de impresiones que tendieran á robarme un solo latido de su pecho, un solo suspiro de su labio ó un solo destello de sus ojos:

—Te suplico que me hables con toda ingenuidad—le dije—acentuando éstas palabras:—¿nadie ocupa *absolutamente* tu corazón?.... ¿no amas á *nadie*?..... ¿no sueñas en la dicha, y entonces, ninguna imagen surge en el santuario de tu alma?.....

Palideció intensamente; luego el carmín enrojeció sus mejillas; me miró su pupila acariciadora con infinita ternura, y cruzó las manos sobre el pecho, sin duda para reprimir los fuertes latidos de su corazón que comenzaban á delatar sus sentimientos, apareciendo entonces á mi vista fascinada como una *dolorosa* sublime, revelando tanto pesar en el rubor de la frente convicta, como alegría en el fuego centellante de sus ojos enamorados. Su sonrojo y su turbación probaban que mis palabras habían tocado como botón candente en la sensibilidad de su pecho virginal.

Quiso hablar; pero los sonidos no acudieron á sus labios. Abrió desmesuradamente los ojos. ¡Qué dichosa estupefacción la suya!.....

Mi corazón fué entonces el que se turbó. La yerta y pavorosa zozobra se posó de nuevo sobre mi pecho. Suspendí la respiración, y el tiempo que Adelaida necesitó para formular su respuesta, permanecí inmóvil y sin aliento..... Me pareció una eternidad, porque tuvo la tremenda duración de la duda que impía nos despedaza sin conmiseración y sin medida.

Al fin se rehizo un poco, y con tono suplicante me dijo:

—¿‘Qué si no amo?’..... Sí, si amo!..... pero ¿cómo decirte? Mira..... no, no me obligues..... no puedo.....creo que no debo.... Tú bien lo sabes; tú no te engañas, porque lees en el fondo de mi alma como en libro abierto.....

Y ocultó su rostro encendido como unas granas, entre las palmas de sus primorosas manos.

Su voz meliflua que alumbraba, ennoblecía y glorificaba en todas ocasiones su semblante, era en aquellos momentos, más precipitada, más sugestiva, y casi dejaba adivinar una perspicacia doliente, especie de valeroso subterfugio empleado inocentemente para amortiguar el rubor de una confesión gravosa y dulce al mismo instante. Su cortedad de virgen enamorada, pedía indulgencia con el gesto y el movimiento impetrante de sus labios, sobrios en palabras, pero pródigos de sinceridad y de candor envidiable.

Entonces el alba de la esperanza dejó compasiva penetrar uno de sus rayos hasta mi espíritu, y vino á fortalecer la vida de mi corazón que perecía de terror, ante los recelos de cualquiera de estas dos funestas realidades: su desamor, ó su pasión por alguien que no fuese yo.

—Es decir—insistí—¿qué en nada estimas el amor que Nilás te brinda? El es generoso, leal y bueno.

—¡Oh, sí,—me replicó—él es bueno y yo le quiero; es un amigo de esos cuya estimación sería hermoso conservar toda la vida; pero no es él el hombre de mis sueños. Ni su inteligencia, ni su figura hablan en ese sentido á mi alma.

—¿Y su corazón?

—Es por lo único por lo que no me es completamente indiferente

Se nubló de nuevo mi semblante. Todavía la duda luchaba por encontrar un apoyo, y aparentemente se lo ofrecían las últimas palabras de Adelaida; pero ella con su instinto de mujer, con ese instinto sutil, perfeccionado, con esa doble vista de que se halla dotada, las más preciosa mitad del género humano, adivinó mis últimas torturas, y dejando iluminar su semblante con una de esas sonrisas que vuelven alegres los rostros en donde brillan:

—No sufras más, me dijo, tendiéndome compasiva y ruborosa su blanca mano; á él no le amo, ni le amaré nunca!

Estas palabras me devolvieron la tranquilidad y el sosiego, y adquirí nuevamente la posesión de mí mismo que acababa de perder en un instante de desaliento.

—See razonable. añadió, y decide tú mismo á quien pertenece el corazón de Adelaida.....

A medida que hablaba, su semblante se tornaba olímpico y su voz adquiría la cadencia rítmica de una nota de beliniana ternura.

No pude más, é iba á caer de hinojos á sus plantas, anona-



daño por la crisis de la alegría que llegaba hasta el delirio, cuando penetraron en la estancia Laura y Malvina.

Volví á mi casa alegre y satisfecho. ¡Oh, ambicionada esperanza! ¡Cómo en un instante sacudes el yugo abrumador de la zozobra, elevando hasta los cielos tus frondosas ramas, y cómo abres lozanas y fragantes tus flores maravillosas, saturando el ambiente de nuestra vida con los flujos de tus vigorosas florescencias!

## XI.

A la tarde siguiente, Adelaida y yo volvimos á encontrarnos enteramente solos; diríase que entre sus discretas hermanas y mi corazón se había fraguado la conspiración del desamparo, dejándola expuesta á las timideces de mi cariño, y que ella, con paso decidido, marchaba resuelta y tranquila hacia el lazo que se le tendía. Pero el destino que se goza siempre en llegar á nosotros embozado y enmascarado, doblando con el misterio el encanto de la primera declaración, no permitía que mis facultades, embargadas por una especie de miedo, la dieran cuenta de la impetuosidad de mis impresiones.

En el momento de abordar la cuestión, me faltó valor. No encontraba palabras á propósito para empezar. El corazón amenazaba saltárseme del pecho; tan rudos y violentas eran sus latidos. Una enervante molestia, turbaba mi espíritu y las ideas se me escapaban antes de coordinarlas, como si me hubiese hallado en el período más alto de la embriaguez. Una noción real, aunque confusa, de lo ridículo de mis vacilaciones era el peor aguijón de mis tormentos, y á pesar de todos mis esfuerzos no conseguía serenarme, ni dar cima acertada á mi empresa. En verdad que no hay seres más infelices, más pobres de espíritu y más dignos de conmiseración que los verdaderamente enamorados. Por fortuna, el azar viene las más veces en su ayuda, y á mí aquel día se me presentó bajo la forma más encantadora. Entró Arabela á buscar un libro, y abarcando de una ojeada lo embarazoso de nuestra situación, dijo á Adelaida:

—¿Ya contaste á León nuestra entrevista con Nicolás?

—Todavía no, contestó Adelaida, con la adorada música de su voz ténue y suave. Pero ahora se la referiré.

Salió Arabela, y volvimos á quedar solos.

—¿Con qué viste á Nicolás?—exclamé yo.

—Sí. Nos hizo una visita esta mañana. Vino á eso de las diez y se estuvo sólo unos minutos. Laura y Malvina no lo vieron porque estaban en tu casa á esa hora. Lo recibió Arabela y delante de ella le devolví su carta, dándole las gracias por la honra que me dispensó solicitando mi correspondencia.

—Tu amor, querrías decir.

—El amor no se solicita. Ese se inspira.

Dijo esto con tal inflexión de voz que cada una de sus palabras se infiltraron en mi alma, y aun resuenan en mis oídos.

—¿Se manifestaría muy disgustado?—añadí.

—Creerás que no tanto. Al principio, se sorprendió. Se conoce que no esperaba semejante resolución.

—¿Y después?

—Después, se puso muy encendido. Sin duda apenado. Yo no sé qué sentiría; pero ha de haber sido algo grave, porque se levantó en el acto y se despidió muy serio ya; pero muy cortés, muy galante y muy bien educado. Me pidió mil perdones y ofreció sus excusas á Arabela, y se fué muy triste. Yo creo que no volverá á pisar esta casa.

—¿Y lo sientes?

—No por mí, sino por él. Causa mucha pena que alguien sufra por una, aunque eso sea sin culpa de nuestra parte.

—¿Entonces es compasión?

—Así ha de ser, porque tú conoces mejor que yo mi corazón.

—Pero además, ¿no sientes algo de tristeza?

—¿De qué?..... si yo no tengo la culpa. El corazón no se manda. Y aunque así fuera, el mío....

Y antes de terminar la frase, el rubor tiñó de grana sus mejillas, las tempranas rosas de la aurora incitante del día de su vida.

—Concluye—la dije, mirándola con suma fijeza.

—¿Para qué?—me contestó.

—Para enterarme de tu pensamiento.

—No lo necesitas.

—¿Cómo que no?

—Lo lees aquí, cuando es idea....—dijo tocándose la frente con la mano—..... y aquí lo sorprendes TODO, cuando es latido.

Y unió ambas manos sobre el pecho, en el sitio del corazón.

En las horas solemnes, la virgen más inocente y más sencilla, la mujer más desprovista de imaginación y de recursos intelectuales, halla en el fondo de su alma una poesía grandiosa y sublime, una elocuencia patética y una manera exquisita de expresar sus sentimientos, que arrebatan, prestando al lenguaje una delicadeza de formas y de expresión verdaderamente inusitadas. ¡Ah! La emoción desplegó entonces sus alas, besó mi corazón con sus labios de fuego; retiró la sangre de mis arterias, y posó en mi frente sus heladas manos! Gusté un placer de esos que sofocan. ¡Qué hermosos momentos, Dios eterno!.....

Y cuando ya pude hablar, caí á sus plantas, oculté mi frente entre sus manos y vehementemente le repliqué:

—Sí; es cierto! Mi corazón no ignora nada de lo que pasa en el tuyo, porque ¡sábelo de una vez! ¡Te adoro! ¡Eres tú mi ideal y mi único sueño; mi felicidad ambicionada y mi suprema ventura!..... ¿Dime ahora, ángel puro, si existe en tu alma



esa correspondencia de afectos, ese amor eterno é inefable, que necesita la mía para alcanzar la dicha de la tierra?

Adelaida cerró los ojos, en cuyas largas pestañas brillaban temblando lágrimas dulcísimas de ternura y de alegría; adquirió su divino semblante una expresión angélica, de insólita beatitud; tembló su cuerpo presa de conmoción suprema, y de sus labios hechiceros, que habían perdido su grana, se exhaló, ténue como un suspiro que ni el aura llegó á recoger, esta sagrada promesa:

—¡Si!

—¿Es cierto, virgen de mis sueños?—Le volví á preguntar, aprisionando estrechamente sus manos entre las mías, con la nerviosidad peculiar que impreme á los músculos la agitación de esos decisivos instantes.

—¡Es cierto.—repetió con frenesí—y abrió los ojos soberanos, permaneciendo largo tiempo dominada por un encanto imposible de expresar.

Su fisonomía totalmente conmovida, descubría toda la poesía apasionada que informaba su luminoso espíritu, y su mirada ígnea fué una resurrección gloriosa, porque puso en ella toda el alma; con la expresión, la vida, el pudor, el sentimiento, la gracia, la modestia y la alegría de sus seductores atractivos. Al mismo tiempo sonreía la ventura en su semblante endiosado, y su boca acariciaba en una sinfonía articulada con deliquio, mi humilde, pero en ese instante afortunado nombre.

¡Oh, armonía sublime del amor primero!

Allí sentí, poderoso imán que riges el mundo, descender hasta mi corazón esa gota de tu rocío celestial, que baja tarde ó temprano sobre el cáliz de la vida. Y como en el amor no hay mañana, allí, Adelaida y yo, fuimos tus venturoso elegidos: vivimos en un minuto de la tierra tu eternidad esplendente!

¡La vida no tiene dos momentos así!!!..... ¿Pero, qué es el amor sin estos momentos que hacen de dos amantes una sola alma?

## XII.

No trataré de describir en todos sus detalles lo restante de aquella larga y para nosotros dichosa entrevista: ya se sabe lo que son esos arrullos de enamorados; esa larga serie de palabras, frases y movimientos encantadores, nacidos del corazón y que en su mismo desorden componen el lenguaje del amor; insignificantes futilidades para extraños oídos; que sólo tienen sentido para los que se aman, porque son cadencias celestiales para los corazones que se entregan mutuamente.

Más de dos horas, para nosotros un minuto, permanecí esa tarde al lado de Adelaida. Ella estaba como embargada, absorbida; en la parte más íntima de su naturaleza virgen sufría la po-

derosa influencia de mi voz, de mis palabras, de mis candentes promesas, que estaban de acuerdo con todos los ideales de su juventud, con los delirios de su amor y con los vagos deseos de su imaginación exaltada por los efluvios de la pasión naciente.

Recorrimos todo el diapason de la ternura; nos remontamos hasta las cimas del porvenir; descendimos á las sombras del pasado y todo lo juzgamos bajo el prisma seductor de nuestro cariño.—Sí, concluimos gozosos; sí nos hemos amado siempre!

—¿Y nos amaremos eternamente así?—la dije con anhelo.

—Toda la vida—me contestó— Y hasta en el cielo!

El pacto estaba sellado. Adelaida lo comprendió así y me tendió su blanca mano como para ratificar la lealtad de su infinito amor..... ¡Qué maravilla de mármol sonrosado! Como decía Arsenio Houssaye: “todo era bello en ella, las venas que dibujaban la geografía del amor, y las líneas de la palma trazando el mapa del destino.” Yo la estreché con ternura y reconocimiento, porque si yo la ofrecía desde aquel instante la consagración de toda mi vida, ella iba á darme la felicidad, con la posesión de su alma.

Me puse en pié para retirarme, y me hizo un signo de graciosa impaciencia, envolviéndome en una mirada sincera que expresaba timidez é infinita dulzura.

—¡Soy—me dijo muy quedo—inmensamente feliz!

¡Oh dicha y ternura inagotables de un corazón que no ha palpitado más que una vez!

## XIII.

Loco de alegría, esa noche ya en mi lecho, sin lograr conciliar el sueño, repasé una á una todas las peripecias halagadoras de aquella tarde feliz. Y mis hoy enlutadas desvalidas, entonces vírgenes todavía cándidas y risueñas—las ilusiones—celebraron en férvido concierto el orto de aquel astro divino en los horizontes de mi ventura.

¡Soy muy feliz! me repetía; sin decirlo más que á mí mismo. Vale que cuando el corazón rebosa de contento, no se desahoga con palabras, y que el amor, como todo lo que es radiante, necesita la obscuridad y las sombras para brillar mejor.

En aquel primer instante de pasión consciente, yo me hice esta reflexión: En la vida todo se desvanece, huye de nuestra vista y hasta se borra para siempre. Tal es la inestabilidad de las cosas humanas. “El tiempo se lo lleva todo, hasta el alienato.” Pero yo necesito que Adelaida, el primer ángel benito que abre con su amor purísimo el cielo de mis venturas, no se pierda jamás de mi imaginación y de mi memoria. Es preciso, pues, hacer constar en algo duradero y con caracteres profundos sus acciones y sus palabras, como grabar indeleblemente su imagen



seductora en lo más íntimo de mi corazón. Resguardarlos, á ella y á su amor divino, de mi misma fragilidad.

Esa misma noche tracé las primeras páginas de mi diario, de un libro íntimo donde trasladé después mis impresiones incoherentes, mis tristezas, mis pesares y mis recuerdos. ¡Ah, qué poderosa fué aquella emoción! ¡Aquel grito del corazón inocente que resuena en la alborada de mi lejana juventud! Su eco delicioso,—pero nada más que un eco,—se repitió de etapa en etapa en el curso de mi tormentosa existencia, porque de entonces acá, me sedujeron sí, me cautivaron y turbaron mis sentidos y hasta mi tranquilidad, otras emociones ardientes y enloquecedoras; pero nunca jamás con el sentimiento ideal que Adelaida supo inspirarme. ¡Le soy deudor de mi felicidad más intensa y más pura!

#### XIV.

Aquella entrevista deliciosa tuvo numerosas hermanas.

Al día siguiente, ¡con qué júbilo volví á verla! ¡Con qué fruición sacié mi vista en su contemplación, hallando que el amor asociado á sus virtudes la elevaban á prodigiosa altura!

Acababa de volver del templo á donde, según me dijo, había ido á dar gracias á la Virgen del Rosario, su especial devoción, y la patrona de nuestra aldea, por la felicidad que la otorgara, sancionando con su omnipotente influjo la reciprocidad de nuestros afectos.

Adelaida era sinceramente religiosa, y cuando hablaba de cosas divinas, su palabra adquiría suma gravedad, sus ojos resplandecían de entusiasmo y en él se testimoniaba todo el fervor que contenía su alma inmaculada.

Como fiel creyente, era muy devota; concurría á misa todos los días y muy frecuentemente á las demás prácticas establecidas por la Iglesia. Yo la seguía al templo las más veces, anhelando no perder ni un rayo de su negra pupila fulgurante y con el propósito de contemplar á su paso cada uno de los mil aspectos de su beldad. Ella, antes de penetrar al templo, era sóla y enteramente mía: me lo decían sus ojos con soberana elocuencia, y lo pregonaban el donaire de su cuerpo, cuyo sinuoso perfil ondulaba á cada paso, la gracia de sus movimientos, la gallardía de su talle, y la alegría que irradiaba todo su semblante; lenguaje muelle, pero vigoroso de la mujer en la primavera de la vida. Pero una vez que ponía la planta en el santo recinto, su paso lento y cadencioso, su fisonomía grave y severa, bajos los párpados ó con la mirada fija, todo esto revelaba en sus facciones y en su ser, los misteriosos pensamientos que la dominaban, y cómo su espíritu se olvidaba de la tierra, para ir en sublime peregrinación hasta las plantas del Hacedor Supremo. La religión entonces, con sus santos goces, embellecía

de manera extraordinaria su juvenil candor; abría á su corazón las puertas invisibles de los floridos jardines del Edén, y sumergía su espíritu en los fecundos manantiales de las piadosas emociones: la oración poseía su labio; la fe producía el éxtasis de su alma sublimada, y la devoción verdadera y profunda hacía que sus ojos hechiceros sólo buscasen á Dios en medio de la nube del perfumado incienso y entre las sombras augustas del santuario. ¡Allí era criatura del Eterno, antes que prometida de mi corazón!

#### XV.

Pasados tres días, me dijo:

—Tú no has dado gracias, ¿verdad? Hoy está expuesto el Santísimo. ¿Quieres acompañarme al rosario? Juntos le rezaremos á la Virgen.

—Con mucho gusto—le contesté— Pero en ese caso nos veremos en la iglesia, porque antes tengo que llevar unas cartas al correo.

—Muy bien. Entonces me esperas á la entrada, ó me buscas en el lugar que conoces.

Siempre se arrodillaba más allá de la mitad del templo, en el sitio que quedaba bajo del púlpito.

Acudí puntual á la cita; pero no antes que ella. Cuando penetré á la iglesia, el blanco poema de su divino cuerpo se me presentó en todo su esplendor; como la estatua de la meditación ferviente.

Me arrodillé á su lado, y pocos momentos después el sacerdote apareció en el presbiterio. Sonó el órgano: ¡qué dulces y qué conmovedoras se escuchaban en esos instantes sus notas melancólicas! Tenían un influjo celestial, en medio de la religiosidad imponente de aquel acto de oración sencilla, fervorosa y sincera, á propósito para que las almas abstraídas de los lazos de la tierra volaran en adoración secreta hasta los umbrales del paraíso. Figuréme entonces, y aún ahora al recordarlo no me lo puedo imaginar de otra manera, que el humilde organista, oscuro adepto del arte, era un verdadero genio: tocó en aquellos instantes con tal expresión, con tal arrobamiento y con tal maestría; le arrancó al órgano acordes tan vagos, tan armoniosos y tan tiernos, que forzaba á las imaginaciones más rebeldes á transportarse en éxtasis irresistible fuera de los límites mezquinos de este mundo. Aquello se escuchaba forzosamente con todos los sentidos á la vez, respirando apenas y sumergida la mente en un arrobamiento de beatitud excelsa. No; no eran melodías erráticas, notas desmañadas, sin inspiración y sin profundo sentimiento con las que llenaba en aquella hora el sagrado recinto; no, y mil veces no; eran verdaderos quejidos de una alma que quiere romper sus ligaduras terrestres; eran cadencias y armonías combinadas con estro fascinador, bajo un acorde indefinible, y formando un concierto